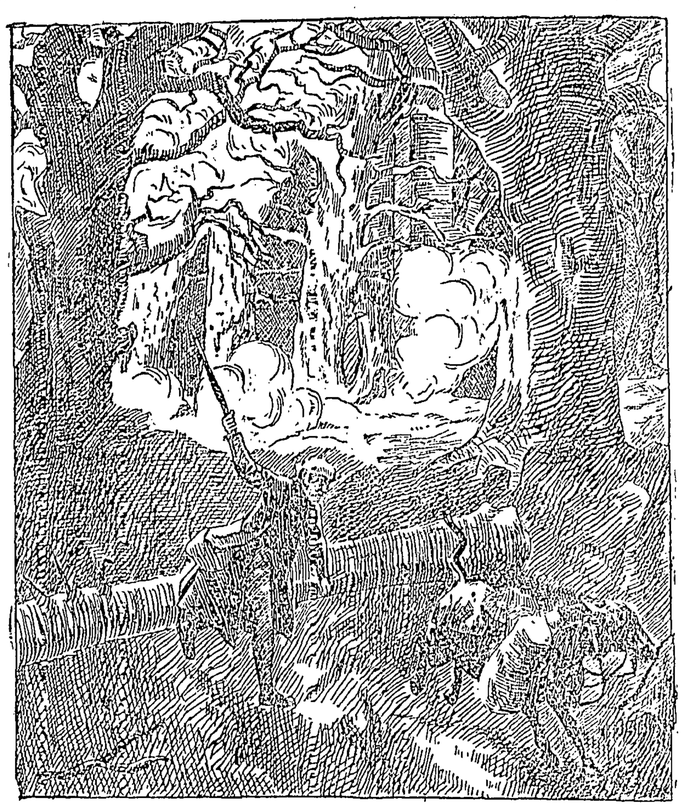
PARA LOS NIÑOS

Conocimientos Utiles.-Cuentos.-Juegos.-Recreaciones



LA CARTERA

Basil Ducharme no se ponía su cachucha galoneada sino en ocasiones bastante raras. Había sido soldado de Napoleón, y poseía otra reliquia de sus tiempos de gloria, un par de talegas con las que acostumbraba cargar á su asno venerable, Micael. Tenía la vanidad de haber servido en el Gran Ejército, y con gusto contaba á las gentes que encontraba sus aventuras de soldado. Desde muy chico se había inscrito en las listas, y durante la batalla de Waterloó, aún joven, recibió una bomba en la espalda que le impidió de seguir la carrera de las armas. Se había ido á instalar en una colonia francesa de los Estados Unidos, y ahí se había formado una familia con sus amigos.

Entre éstos se encontraba un doctor apellidado Bonnet, que teniendo las mismas ideas que él, se deleitaba cuando Ducharme le contaba sus aventuras.

Ese año la sequía había sido grande y no había llovido durante varios meses. En todos lados se anunciaban incendios debidos á la temperatura tan seca y tan cálida, y la pequeña población de colonos se temía grandes catástrofes. Todos decidieron emigrar. El Papá Ducharme había adoptado á la hija de su amigo Bonnet después de la muerte de éste, y viendo los peligros que corría su hija adoptiva, también decidió huir para la costa donde no había ya peligro alguno.

Cargó las talegas sobre su asno y tomando la niña entre sus brazos, salió montado sobre el animal. Se proponía hacer unos cuantos kilómetros para estar listo al día siguiente para emprender de nuevo el viaje y no cansar demasiado al asno. Pero éste se había lastimado durante el día anterior y no podía caminar de prisa. Salieron y pronto vieron que la población estaba ya incendiándose, el bosque también comenzaba ya á despejar humos y olores que provenían de incendios un poco lejanos. Sin embargo, el exoficial de Napoleón no se preocupaba mucho porque tenía confianza en su animal. Este, más y más cansado, no podía adelantar, y de repente se encabritó y tiró á su amo. La niña no se lastimó en la caída, pero sin embargo, se puso á llorar del susto.

* * *

Pronto el incendio se acercaba á los viajeros y todavía tenían que caminar mucho. El Padre Ducharme metió á la niña en una de las talegas, confiando que el asno, por instinto de conservación huiría; pero éste corrió poco y recordando que estaba herido no pudo avanzar más

Corriendo á los lados del asno, Ducharme percibió á unos cuantos metros entre los árboles, una capilla que se encontraba en medio del bosque. Se precipitó á ella. El incendio adelantaba y casi llegaba ya á la capilla; el viejo se arrodilló y se puso á rezar.

De repente el techo de la capilla empezó á arder y se desplomó.

No se supo más.

Poco tiempo después se hablaba de un milagro acaecido durante el último incendio: el salvamiento de una niña por un asno. Por de pronto no reconocieron quién era esa niña, pero poco después, cuando fueron llegando los demás emigrados de la colonia, que habían pasado por lugares más seguros, se cercioraron de lo que había pasado, y encontraron en las ruinas de la capilla los restos del viejo que se había sacrificado para salvar á su hija adoptiva. La niña, cuando fué más grande, se puso el nombre de su padre adoptivo, pretendiendo, con mucha razón, que si sus padres naturales le habían dado la vida, también se la había dado su padre adoptivo al salvarla de la catástrofe.

Recreaciones Científicas

APAGAR UNA VELA CON UNA BOTELLA.

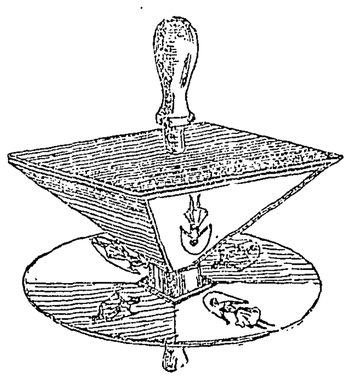
Si cualquiera de nuestros amiguitos propone á otro de sus compañeros que apague la vela soplándole en la flama con una botella, lo pondrá en apretos. No lo serán para nosotros, porque sabemos ya que el aire puede ser comprimido, y para apagar la vela no tendremos más que comprimir aire en una botella, y danzarlo en seguida sobre la flama.

¿Cómo comprimiremos el aire? Muy fácilmente; bastará aplicar la mano en la boca de la botella de tal manera que solamente quede un pequeño espacio entre la palma de la mano y el borde de la botella; por este espacio y valiéndose de nuestra misma boca, iremos comprimiendo el aire, poco á poco. Cuando se aplica la boca sobre el gollete de la botella, para comprimir el aire, hay que tener cuidado de no destapar la botella, porque entonces serían inútiles los esfuerzos anteriores; cada vez que se sople fuertemente en la botella y antes de quitar la boca, se volteará la mano de manera que tape perfectamente. Así conseguiremos tener en el interior de la botella aire suficientemente comprimido para apagar la vela.

Cuando se trate de hacer lo último, se colocará la botella, siempre tapada con la palma de la mano, frente á la vela y en una posición especial, que muestra nuestro grabado; si en estos momentos se destapa rápidamente la botella, la corriente de aire bastará para apagar la flama.

EL PEON FANTOCHE.

Se ha simplificado este aparato, designándolo con el nombre de peón fantoche, por cierta analogía exterior con un peón. Compónese el aparato de cuatro espejos triangulares, cuyas superficies forman las caras laterales de una pirámide de base cuadrada. Los lados de esta base son exactamente el doble de la altura de la pirámide, siendo por tanto de 45o. la inclinación de los espejos con el plano de la base. En el vértice de la pirámide, que está un poco truncada, se colocan discos de cartón que

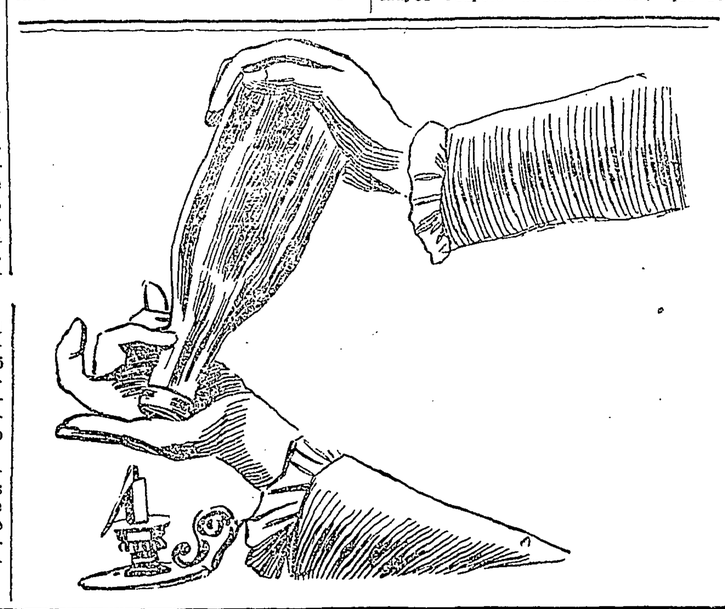


llevan pintados varios asuntos en cuatro actitudes diferentes. Imprimiendo al aparato una rotación moderada al rededor del eje central, se presentan sucesivamente á la vista las reflexiones de las cuatro diferentes posiciones del objeto pintado; y superponiéndose, dan vida y movimiento al objeto representado, que puede ser una niña saltando la cuerda, una bailarina, un gimnasta que trabaja en un trapecio, un caballo que salta un obstáculo, etc.

Como se ve, este pequeño y sencillo aparato se funda en el mismo principio que el "praxinoscopio," de que ya nos hemos ocupado.

Las barbas de los curas

Al decir de uno de los periódicos católicos italianos, el Papa Pío X se encuentra ya casi por completo convencido de que los curas deben usar barbas. Cree el Papa, que los curas barbudos imponen mayor respeto á sus clientes, que los lampiños. Pero la barba, en caso de que se tolere, ha de ser de las conocidas con el nombre de "barbas cerradas," quedando los que no puedan, por falta de pelo, llevarla así, condenados á estar constantemente rasurados. El Papa dice que la barba es solemne y respetable mientras que el bigote sólo ó la "perilla," son eminentemente profanos y poco dignos de un cura. El gusto del Papa se traducirá, probablemente, por un decreto, permitiendo á los sacerdotes católicos, el uso de las barbas.



NIÑOS Grandes Matemáticos

No hace mucho se ocupó este periódico de los niños prodigiosos de hoy día, y ahora va á hacerlo de los niños que la historia señala como maravilla por su facilidad para hacer cálculos de matemáticas. En esto, como en todo lo que signifique precocidad mental infantil, se lleva la palma

el llamado "Niño de Lubeck," que nació el año 1721, y que, además de su asombrosa aptitud para las matemáticas, sabía á los doce meses de edad los principales acontecimientos relatados en el "Pentateuco;" á los dos años conoció los principales episodios históricos de la Biblia; á los tres años poseía nociones de Historia Universal y de Geografía, y dominaba el latín y el francés. De todas partes acudía gente á verle, y el rey de Dinamarca le hizo llevar á su corte. Antes de cumplir el cuarto año, sabía las genealogías de las principales casas reinantes de Europa, y explicaba con entendimiento y juicio párrafos de la Sagrada Escritura.

Aborrecía todo otro alimento que no fuese leche, y ésta había de ser del ama que le había criado. A los cuatro años, aquel niño, que se llamaba Christian

Federico Heinecken, enfermó y expiró después de haber predicho su muerte.

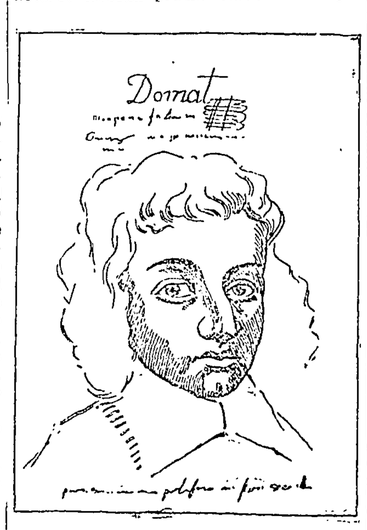
En Inglaterra nació el año 1806 el niño llamado Jorge Parker Bidder, que á los cuatro años empezó á demostrar para los cálculos una habilidad extraordinaria, que con sólo unas cuantas lecciones adquirió proporciones fenomenales. Acompañado de su padre, un albañil que vió en la explotación de su hijo una fortuna, recorrió las principales ciudades del reino, exhibiéndose al público y resolviendo cuantos problemas matemáticos le presentaban.

He aquí algunos de éstos: Si una pulga da saltos de dos pies y tres pulgadas cada una, ¿cuántos saltos necesita para dar la vuelta al mundo, siendo de..... 25.020 millas la circunferencia de éste, y cuánto tiempo tardaría en hacer el viaje, suponiendo que diera cincuenta saltos por minuto? La respuesta fué: 58,713.600 saltos, y un año, trescientos catorce días, trece horas y veinte minutos. El siguiente problema fué resuelto en cuarenta segundos por el niño: Supóngase que la bola que hay en lo alto de la cúpula de la Catedral de San Pablo mide seis pies de diámetro; ¿cuánto costaría dorarla, á razón de tres y medio peniques por pulgada cuadrada? Respuesta: 237 libras, 10 chelines y 9 peniques.

Protegido por algunos sabios, Bidder estudió la carrera de ingeniero, y asociado con el famoso Stephenson, contribuyó mucho á construir el ferrocarril de Birmingham. Fué diputado, y allí, como en todas partes, demostró tal superioridad en los números y en los cálculos, que llegó el caso de que un contrincante le recusara diciendo que "la Naturaleza le había dotado de tan extraordinarias condiciones, que no se podía discutir con él sobre el pie de igualdad."

Dos años antes que Bidder, había nacido en los Estados Unidos otro niño prodigioso, llamado Zerah Colburn, que á los ocho años resolvió de memoria, en pocos segundos, problemas como el de obtener el cuadrado de 999,999, aunque contestó sin vacilación alguna, la primera vez que se le propusieron, que la cifra que se le pedía era 999,999,000,001, y que la había conseguido multiplicando el cuadrado de 37,037 por el cuadrado de 27. Después, y también en pocos segundos, multiplicó aquella cifra dos veces por 49, y una por 25, y la solución consistía en 17 números. Al ser hombre, Colburn perdió sus facultades extraordinarias para los cálculos mentales, y así lo hizo constar en la autobiografía que publicó en 1833. Un siglo antes que estos niños, en 1705, había nacido en Inglaterra otro llamado Jadediah Buxton, que no sabía leer ni escribir, y que, sin embargo, hacía de memoria las más complicadas operaciones matemáticas.

El cálculo había llegado á ser una obsesión para él, todo lo convertía en operaciones aritméticas. Se cita un ejemplo típico de ello. Habiendo ido á Londres le llevaron al teatro, donde el célebre Garrick representaba aquella noche. Al terminar la función preguntaron á Buxton si le habían gustado los actores, el baile y la música, y contestó que los boleros y las bailarinas habían dado 5.202 pasos, y que los actores habían pronunciado 12.445 pa-



labras; dijo, igualmente, el número de palabras dichas por Garrick sólo.

Si delante de él se hablaba de un período cualquiera de tiempo, se ponía en seguida á calcular mentalmente el número de horas, de minutos y de segundos contenidos en aquel período. Para base de todos sus cálculos, se servía de un patrón rarísimo, que era el grueso de un pelo. En vez de morir prematuramente, como la mayoría de los fenómenos, vivió hasta los setenta años.

A la Academia de Ciencias de París fué llevado el año 1837 un campesino italiano, de diez años, Vito Mangiamele, á quien presentó el célebre Arago. El niño no sabía leer, pero era tan hábil en matemáticas, que Arago y Coriolis le propusieron los cuatro problemas siguientes:

¿Cuál es la raíz cúbica de 3.796,416? ¿Cuál es el número que satisface la condición de que su cubo, mas cinco veces su cuadrado, sean iguales á 42 veces dicho número, más 40? ¿Cuál es el número que multiplicado cuatro veces por sí mismo iguale cuatro veces á dicho número más 16,729? ¿Cuál es la raíz décima de 282.425,249?

Mangiamele no necesitó más que medio minuto para contestar que el número 156 sirve de respuesta á la primera pregunta, y un minuto para contestar que el número 5 sirve de solución á la segunda; de igual modo contestó casi en el acto que el número 7 es la solución á la cuarta pregunta. La tercera le preocupó algo más, pero por fin dió el número 7 como solución.

Otro niño inglés, Vinckler, era incapaz de retener en la memoria versos seguidos, y sin embargo, conservaba en ella durante quince días 5.000 cifras de varios números que no le habían leído más que dos veces.

Prodigioso también fué de niño el gran matemático y filósofo francés Pascal, que á los doce años, y sin instrucción alguna en geometría, encontró la demostración á las 31 primeras proposiciones de Euclides, y estaba buscando la demostración de la 32, que es la referente á la suma de los ángulos de un triángulo, cuando su padre sorprendióle en medio de las figuras que había trazado en el suelo, le interrogó y le arrancó la confesión de la prodigiosa labor que acababa de realizar su inteligencia infantil.

Hace poco más de diez años hizo grande impresión en toda Europa el talento de Inaudi, el niño italiano calculador, de quien se ocuparon extensamente todas las Academias científicas, las revistas y los periódicos diarios. Inaudi era un prodigio que dejaba atrás á todos los demás, y ejecutaba simultáneamente y de memoria varias operaciones, tales como una suma, una resta, una elevación al cuadrado, una división, una extracción de raíz cúbica ó cuadrada y al mismo tiempo contestaba instantáneamente á las preguntas que le hacían sobre los días de la semana que correspondían á las fechas que se le indicaban.

Los Flamencos de América

No nos referimos á los naturales de Flandes, ni á los individuos atacados de flamenquismo. Vamos á hablar de unas interesantes zancudas, pertenecientes al género "Flamingo," y que seguramente jamás han soñado en escupir por el colmillo (entre otras razones, porque, como aves que son, carecen de sistema dentario) en tocar la guitarra, ni en cantar soleares ó malagueñas.

Se conocen unas siete especies de flamencos, de las cuales tres habitan en América, frecuentando Cuba, la Florida y las islas Bahamas. Nuestros grabados representan respectivamente un flamenco de estas islas y una colonia de nidos del mismo. El profesor Chapman, que ha estudiado estos animales sobre el terreno, refiere lo siguiente:

"Durante el invierno estas aves viven principalmente en la costa Oeste, donde las aguas estancadas y las marismas les ofrecen alimento abundante y hacen difícil que se las persiga, á pie ó en bote. En el mes de Mayo emigran á algunas lagunas del interior de la isla de Andros, lejos de toda habitación humana, para verificar la cría. Estas colonias de cría son pocas en número, y su paradero relativamente conocido. Nosotros logramos, sin grandes dificultades, alcanzar una de ellas en el mismo corazón de Andros.

* * *

"La localidad estaba á pocos centímetros sobre el nivel del mar, y el suelo era tan irregular, que no sin verdadero peligro se podía andar por él. Nuestras investigaciones demostraron que la comarca era bastante visitada por los flamencos, pero que elegían cada año un criadero distinto; ocho colonias de nidos, cada una de las cuales había sido ocupada probablemente un solo año, se encontraron en el radio de una milla. La mayor de ellas contenía unos dos mil nidos en un área de unos 27,000 pies cuadrados.

"En otra colonia se nos ofreció un hermoso espectáculo; había unas setecientas aves. A pesar, sin embargo, de que no se disparó un tiro y de que nos retiramos prontamente, los fla-

mencos suspendieron su cría ó se trasladaron á otra parte, ahuyentados por nuestra presencia, de modo que no pudimos ver nidos recientes."

A pesar de estas dificultades, el profesor Chapman logró, por fin, hacerse con huevos de flamenco, que cuidadosamente embalados, llegaron á Nueva York en buen estado. Asimismo se pudieron recoger algunos nidos y ejemplares vivos de aves.

INDICADOR

DIRECTOR y propietario:
Rafael Reyes Spíndola.
GERENTE: Luis Reyes Spíndola.
Oficinas: 2a. Damas 3 y 4 y Puente Quebrado 2 y 4.
Dirección postal: Apartado 87 bis.

Para la publicación de avisos y réclames en este periódico, dirigirse á los SRES. B. & G. GOETZEL, 1a Calle de la Independencia No. 8, México. N/. agentes exclusivos para la publicidad Europea, LA SOCIÉTÉ MUTUELLE DE PUBLICITÉ, 61 Rue Caumartin, París.

SANTORAL.—Octubre 26.
Santos Evaristo Papa y Floro Mártires.

TURNOS

Juez Correccional. 6o., Lic. Manuel de la Torre.
Juez Correccional. 4o., Lic. Belisario Cicero.
Agente del Ministerio Público, Aureo B. Cuevas.
Defensor, Lic. Agustín Arroyo de Anda.
Médicos legistas, Doctores José María Bandera y Jacinto García Sánchez.
Perito químico, Dr. Andrés Almaraz.

TEATROS.—Octubre 26.
TEATRO RENACIMIENTO.— Noche: El Moño, El Pobre Valbuena, Las Extraviadas, Por un Beso.
TEATRO PRINCIPAL.—Noche: Descansada Vida, Bateo, Arte Lírico, Instantáneas.
TEATRO LELO DE LARREA.—Noche Tarjetas Postales, Bateo, Bohemios, Pobre Valbuena.
TEATRO APOLO.—Noche: Verbena de la Paloma, Viejecitos, Padre Gregorio, Chin-Chun-Chan.

Léase "El Imparcial"

Otro Entusiasta

Mi Curación con las Píldoras Rosadas, una Maravilla

Así lo Considera esta Paciente Después de Seis Años de Débil y Enferma con una Infinidad de Dolencias.

El don de Salud no es apreciado hasta que se pierde. Entonces se ve que es la mayor riqueza apetecible en la peregrinación por este mundo. El que está medio bien, pasablemente bien, aquel que dice "algo indispuesto, pero ya pasará," y demás seres que hace algún tiempo desconocen las gratas sensaciones de Vigor y Robustez natural es que sólo viven á medias. Pero una vez avanza la debilidad al grado de llamarse uno enfermo, entonces todas nuestras energías, todos los anhelos y esperanzas, se centralizan en poseernos de nuevo de la preciada salud. Allí comprendemos está la esencia de toda la Felicidad Humana.

Parece providencial el que muchas personas sufran quebrantos de salud, para que al recobrarla se den cuenta de lo mucho que poseen con qué estar agradecidos y contentos en esta vida.

Así parece ser el caso de la Sra. Vicenta Bedoy, conocida vecina de Totatiche, Estado de Guadalajara, México, á cuyas frases limitamos los párrafos subsiguientes, que dan nuevo tributo á las reconocidas virtudes de las Píldoras Rosadas del Dr. Williams:

"Maravillada hasta lo infinito estoy con los resultados que me han dado las Píldoras Rosadas del Dr. Williams, y por eso, llena de reconocimiento, aunque no lo exprese con las palabras que dignamente merece el caso, me es grato tributar mi sincera expresión de gracias á la Providencia y luego á tan preciado medicamento, que me ha vuelto el goce de la vida, con la completa curación de mis enfermedades.

"Como seis años llevé de una Anemia persistente y decaimiento físico general, con síntomas de fríos intermitentes, dolores de cabeza, caderas y piernas, hinchazón, indigestiones, falta de apetito y de sueño, vahidos después de tomar alimentos, neuralgias faciales y cerebrales, frialdad de pies y manos y punzadas nerviosas. Un surtido de dolencias suficientes para desesperar al más sufrido de los mortales! Ello es harto suficiente para dar una idea de mi deplorable estado.

"Consultamos á dos diferentes médicos pero mi enfermedad se mostró rebelde á su tratamiento. A esto me instaron á que consultase al Departamento Médico del Dr. Williams Medicine Company, de Schenectady, N. Y., Estados Unidos, con el resultado que principié á tomar las Píldoras Rosadas de su nombre con un método curativo sencillo, y en 15 días ya me sentía mejor, llevando tomados hasta la fecha unos ocho pomos y hoy me tienen Vds. perfectamente restablecida, duermo y como á mi entera satisfacción y, en vista de lo desesperado de mi situación anterior, la poca vitalidad, fe y ánimo que me quedaba, bien puedo llamar mi curación UNA MARAVILLA, y en ello concuerdan los estimados amigos que conmigo firman al pie.

"Esta es la mayor expresión de gratitud que sabe poner en letras su muy afectísima S. S."

(Firmado) VICENTA BEDOY.

Testigos: Sara Sánchez, Telésfora Ramos.

Las Píldoras Rosadas del Dr. Williams se venden en casi todas las droguerías y boticas. Cualquier persona que tenga dificultad en adquirirlas debe dirigirse á la Dr. Williams Medicine Co., Schenectady, N. Y., Estados Unidos, y será avisado donde se pueden comprar.

jergas para lavar ó trapear suelos.-Especiales para el objeto y á precios reducidos se encuentran en LA COLMENA, de L. Hurtado Espinosa y Cía. frente á la Plaza de Armas, México

Folletín Núm. 108

El Judío Errante

POR

Eugenio Sué

TOMO PRIMERO

horroroso que en medio de su candor cría la mujer de Dagoberto poder decir á su marido, pero el soldado, sin hacerle caso, se desprendió de los brazos de su mujer, é iba á salir con la cabeza descubierta, tan suma era su agitación, cuando se abrió la puerta. Era el comisario de policía, seguido de la Jibosa y del agente que llevaba el lío que habían embargado á la muchacha.

—¿El comisario?—exclamó Dagoberto reconociéndole por la banda.—¡Ah! me alegro, no podía venir más á tiempo.

CAPITULO VIII.

EL INTERROGATORIO.

—¿La señora Francisca Baudoin?—preguntó el magistrado.

—Yo soy, señor,—contestó Francisca; y viendo á la Jibosa que pálida y trémula, no se atrevía á adelantarse, le tendió los brazos.—¡Ah! ¡pobre hija mía!—exclamó llorando,—perdóname... por nosotros también...has tenido que sufrir esta humillación.

Habiendo la mujer de Dagoberto abrazado tiernamente á la joven costurera, ésta se volvió hacia el comisario y le dijo con dignidad triste é interesante:

—Ya lo veis...señor...no había robado.

—Según eso, señora,—preguntó el magistrado á Francisca,—el vaso de plata, el chal, las sábanas, que forman este lío...

—Todo me pertenece, señor; y por hacerme un favor esta joven querida, la criatura mejor y más honrada que existe, se encargó de llevar esos objetos al Monte de Piedad.

—Ya lo veis,—dijo el magistrado severamente al agente de policía;—habéis cometido un grave error. Daré cuenta de ello, y pediré que se os castigue; marchaos.—Y dirigiéndose después á la Gibosa con aire en que se leía su sentimiento:—Desgraciadamente, señorita, lo único que puedo hacer es manifestaros mi verdadero pesar por lo que ha sucedido. Creed que me es muy sensible lo que habéis tenido que padecer por una equivocación.

—Lo creo muy bien, señor,—respondió la Gibosa,—y os doy gracias por ello;—y se sentó postrada, porque después de tantas emociones, su ánimo y sus fuerzas se hallaban agotadas.

Iba á retirarse el magistrado, cuando Dagoberto, que hacía algunos momentos meditaba profundamente, le dijo con entereza:

—Señor comisario...tened la bondad de escucharme; deseo hacer una declaración ante vos.

—Hablad.

—Lo que voy á comunicaros es muy importante; esta deposición la hago ante el magistrado, á fin de que ella tome testimonio.

—Y como magistrado os escucho.

—Hace dos días que he llegado á París, trayendo conmigo desde Rusia á dos jóvenes que me había confiado su madre, la esposa del señor mariscal Simón.

—¿Del señor mariscal duque de Ligny?—dijo el comisario.

—Sí, señor; ayer las dejé aquí, pues me vi obligado á salir de París por un negocio muy urgente. Esta mañana, durante mi ausencia, han desaparecido, y estoy seguro que conozco á la persona que las ha hecho desaparecer.

—Amigo mío...—exclamó Francisca asustada.

—Señor,—dijo el magistrado,—vuestra declaración es de suma gravedad. Desaparición de personas...secuestro quizá....¿Pero estáis bien seguro de ello?

—Estas dos jóvenes no hace una hora que estaban aquí...Os lo repito, durante mi ausencia, me las han arrebatado....

—No quisiera dudar de la sinceridad de vuestra declaración; no obstante, un rapto tan brusco, es difícil de explicar. Además, ¿quién os dice que esas niñas no vuelvan? ¿de quién sospecháis? Mirad bien todo esto antes de entablar vuestra acusación. Tened presente que es un magistrado el que os escucha. En saliendo de aquí es muy probable que la justicia se haga cargo de este asunto.

—Eso es lo que deseo. Soy responsable de esas dos niñas para con su padre, que debe llegar de un momento á otro, y debo procurar justificarme.

—Todas esas razones las comprendo, pero os repito que cuidéis de no dejaros llevar de sospechas mal fundadas. Una vez hecha vuestra declaración, quizás me vea obligado á obrar preventivamente y en el acto, contra la persona á quien acusáis. Por consiguiente, si cometieseis un error, las consecuencias para vos serían desagradables. Sin ir más lejos, —dijo el magistrado con emoción indicando á la Gibosa,—ya veis cuáles son los resultados de una falsa acusación.

—Amigo mío, ya lo oyes,—exclamó Francisca muy asustada de la determinación de Dagoberto con respecto al abate Dubois;—te ruego que no digas una palabra más...

Mas el soldado, convencido de que la influencia del confesor de Francisca era lo único que podía haber determinado á ésta á obrar y á callarse, dijo con firmeza:

—Acuso al confesor de mi mujer de ser el autor ó cómplice del rapto de las hijas del mariscal Simón.

Francisca lanzó un doloroso gemido y ocultó el rostro entre sus manos, en tanto que la Gibosa, que se había acercado á ella, procuraba consolarla. El magistrado, que había oído la deposición de Dagoberto con gran sorpresa, le dijo severamente:

—¿Pero estáis seguro que no acusáis injustamente á un hombre revestido del carácter más respetable? ¡un sacerdote! se trata de un ministro de la iglesia, os lo había advertido, debiérais haber reflexionado!...todo esto se va complicando; á vuestra edad una ligereza no admitiría disculpa.

—¡Qué diablos!—exclamó Dagoberto con impaciencia,—á mi edad se tiene sentido común; estos son los hechos. Mi mujer es la cristiana mejor y más respetable que pueda haber; preguntadlo á todo el barrio, y os lo dirán; pero es devota; hace ya veinte años que no sigue otro impulso que el de su confesor. Ahora á su hijo, también me quiere mucho; pero antes es su confesor.

—Señor,—dijo el comisario,—esos detalles íntimos...

—Son indispensables, vais á verlo; salgo hace una hora, para reclamar á esa pobre Gibosa; vuelvo á casa y las jóvenes ya habían desaparecido; pregunto á mi mujer con quién habían quedado, que en dónde se hallan, y se echa á mis pies sollozando y me dice: Haz de mí lo que quieras; pero no me preguntes qué se ha hecho de las niñas, pues no me es dado responderte.

—¿Sería cierto, señora?—exclamó el comisario, mirando á Francisca con sorpresa.

—Arrebatos, amenazas, ruegos, todo ha sido inútil,—contestó Dagoberto,—siempre me ha respondido con esa dulzura de santa: "Nada puedo decirte." Ahora bien, esto es lo que yo sostengo: mi mujer ningún interés tiene en haber hecho desaparecer á esas niñas; estando bajo el dominio de su confesor, ha obrado de su orden, sirviendo de ciego instrumento; él es el único culpable.

A medida que Dagoberto hablaba leíase en la fisonomía del comisario lo mucho que se interesaba mirando á Francisca, quien sostenida por la Gibosa, lloraba amargamente.

El magistrado, después de un momento de reflexión, se acercó á la mujer de Dagoberto, y le dijo:

—¿Habéis oído, señora, lo que acaba de declarar vuestro marido?

—Sí, señor.

—¿Qué tenéis que decir para justificaros?

—Pero, señor,—exclamó Dagoberto—no es á mi mujer á quien acuso; no lo entiendo así; es...á su confesor.

—Os habéis dirigido al magistrado; á él toca obrar según crea conveniente para descubrir la verdad. Señora, os vuelvo á preguntar: ¿qué tenéis que decir para justificaros?

—¡Ah, Dios mío! nada, señor.

—¿Es cierto que vuestro marido al marcharse os dejó encomendadas esas niñas?

—Sí, señor.

—¿Es también cierto que cuando os preguntó en dónde estaban, le contestásteis que nada le podíais decir sobre este particular?—Y el comisario esperaba la respuesta de Francisca con inquieta curiosidad.

—Sí...señor,—dijo sencilla y cándidamente;—eso mismo respondió á mi marido.

El magistrado hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Cómo, señora! ¿no tenéis otra respuesta que dar á dos ruegos é instancias de vuestro marido? ¿Os habéis negado á darle la menor noticia? Esto no es probable ni posible.

—No obstante, es la verdad.

—Pero en fin, señora, ¿qué se ha hecho de las jóvenes que se os han confiado?

—Nada puedo decir sobre este particular. Si no he respondido á mi pobre marido, mucho menos lo haré á cualquiera otra persona.

—Ya lo veis,—exclamó Dagoberto,—¿tenía razón? ¿Es natural que una mujer honrada y excelente, razonable, sensata y desinteresada, hable de este modo? Os lo repito, es negocio del confesor. Obremos contra él activamente, todo lo sabremos, y mis pobres niñas me serán devueltas.

El comisario dijo á Francisca, sin poder reprimir cierta emoción:

—Señora, voy á hablaros con severidad; pero mi deber me obliga á ello. Todo esto se complica de tal modo, que no puedo menos de ir á informar á la justicia de lo que pasa; convenís en que esas jóvenes os han sido confiadas, y no obstante, no podéis presentarlas. Ahora bien, prestadme atención: si os negáis absolutamente á dar algunas aclaraciones sobre este asunto vos sola seréis la culpable de su desaparición. Y me veré precisado, bien á pesar mío, á prenderos.

—¡A mí!—exclamó Francisca aterrorizada.

—¡A ella!—repitió Dagoberto,—nunca. Os repito que es á su confesor á quien acuso. Mi pobre mujer, ¡prenderla!

Y se puso á su lado, como queriendo protegerla.

—Señor, ya es demasiado tarde,—dijo el comisario:—habéis entablado vuestra queja sobre el rapto de dos jóvenes. Según las declaraciones de

(Continuará)